

tos que nos subministran el mercurio en el gálico, la quinina en los frios, el emético en las pulmonías y reumatismos, el camaron en las hemorragias, y otros muchos, deberian habernos hecho mas cautos é imparciales: deberian igualmente habernos hecho ménos tímidos en el empleo de ciertas substancias, que reputamos por incendiarias.

Acaso de entre los remedios populares puede sacar la ciencia de curar mayores ventajas: muchos tienen un origen, que si lo investigamos con reflexion, puede ser muy puro. Poblaciones enteras que nunca han conocido un médico, han consultado con la mejor maestra que se conoce, la naturaleza; y esta les ha sugerido la idea de valerse de ciertas substancias que por sus felices efectos han adquirido una reputacion sorprendente, y han ido á enriquecer la medicina popular. Y al hacer esta consideracion, se debe tener en cuenta el uso desarrreglado y esencialmente empírico de que se valen los que ocurren á semejantes remedios.

Por haber descuidado este ramo, los médicos son los que ménos conocen multitud de venenos y contra-venenos que á primera vista distinguen las gentes del campo, especialmente las que habitan el terreno donde aquellos nacen. Ellas los emplean con brillantes resultados para curar las diversas especies de afecciones que producen las picaduras de muchos animales ponzoñosos. Cuando al atravesar algunos bosques, por descuido ó por indiscrecion, el viajero se envenena con algun vegetal, ó por haber recibido una mordedura de algun animal, los indígenas lo curan y le libertan la vida, mientras que el médico que allí se hallara, indeciso no sabria que partido tomar, dejando pasar los mejores momentos. Es verdad que mil preocupaciones y caprichos, y el empeño que curanderos ignorantes toman por adquirir reputacion, suelen ser los móviles de que se valen algunos para generalizar el nombre de ciertas substancias; pero esta me parece una razon mas, para emprender el estudio de las localidades, y distinguir la linea en que acaban las verdades y comienzan los errores.

Es muy valida la opinion de que unas mismas legumbres tienen distintos caracteres físicos, distinto gusto y distintos principios nutritivos. Si es ó no una preocupacion de los que han estado en dichos paises, no lo puedo decir á punto fijo; pero lo que sí se puede afirmar, es, que la generalidad con que se ha adoptado esta idea, hace pero lo ménos dudar, y que para disipar esta duda, conviene formar el estudio de las producciones de México.

Si la necesidad de que forme cada pais su medicina, es una exigencia de la época presente, en México es mucho mas imperiosa. Aquí la poblacion escasa está repartida en un terreno inmenso, y los lugares de alguna importancia están muy distantes unos de otros; las poblaciones todas se distinguen física y moralmente; y existen en ellas todos los grados de civilizacion desde la sociedad de familias hasta el mayor cultivo que puede apetecerse; la influencia del clima es tan variable, como debia esperarse de la estension de nuestro terreno, é igualmente varían los productos de la tierra; la policia no se ejerce en todas partes de un mismo modo; en una palabra, los agentes que sostienen la vida son diversos. Si reflexionamos en los usos y costumbres de nuestro pueblo, notaremos la mayor desemejanza que puede apetecerse. ¿Quién no distingue la vida de un opulento de la de un miserable jornalero? El pobre acostumbrado á alimentarse con poco y á sufrir con resignacion las inclemencias del tiempo, descuidado de la educacion y el cultivo que tanto cambian los modales é influyen en las pasiones, sin tener siquiera una miserable cama en qué descansar de las fatigas, muy poco se parece ciertamente al hombre acomodado, ni mucho ménos al que pertenece á la clase media de la sociedad, en la cual se halla mas arraigada la moral y las buenas costumbres.

Las diversas posiciones de nuestras varias capitales son tan desemejantes, como debia esperarse de una nacion nuevamente formada, de una nacion de mucha estension y pocos pobladores: así se ven unas fundadas sobre lagunas; otras sobre terrenos montañosos, casi sin nivelacion, en donde las casas todas tienen por cimientos peñascos á diversas alturas; algunas en la proximidad de los bosques, y casi todas bajo la accion de agentes variados.

La influencia que tienen los oficios á que se dedican nuestros paisanos ¿no es una consideracion poderosa para saber las modificaciones de las enfermedades que padecen? Los que hayan visto trabajar á los curtidores, á los que limpian las letrinas y otra porcion de gentes entregadas á semejantes ocupaciones, podrán responder francamente. Por el atraso que guardamos en las artes y lo poco que procuramos evitar cierta clase de causas influyentes en la pérdida de la salud, no son comparables muchos artesanos nuestros á los de su clase en Europa, en donde la perfeccion en las máquinas ha alligerado el trabajo.

La consecuencia natural de esta desigualdad de elementos es la produccion de ciertas enfermedades endémicas de algunos de los pue-

blos. En Veracruz se manifiesta el vómito negro con todo el aspecto mortífero que se le conoce; en Tampico abundan las *fiebres amarillas* con diversos caracteres que en otros puntos; el ilustrado y laborioso profesor D. Juan Manuel Gonzalez Urueña ha procurado apreciar las diferencias del diabetis que es endémico en muchos pueblos del departamento de Michoacan; en algunos lugares del Sur se padecen afecciones de la piel que consisten en manchas de diversos colores; en otros parages del mismo rumbo el bocio ataca á todos los naturales y aun suele invadir á los extranjeros que permanecen mucho tiempo allí; en una palabra, difícil me seria siquiera el indicar el catálogo de las muchas enfermedades endémicas de nuestros departamentos.

¿Y no está probando esto muy claramente la necesidad de formar la medicina mexicana? Sin duda que nos es no solo interesante, sino hasta cierto punto necesario, clasificar, diagnosticar, curar, y sobre todo, investigar las causas locales de semejantes padecimientos; no ménos que saber si ellas son hereditarias, si se comunican por contagio, y si por algunas circunstancias salen de sus linderos, y formar la historia completa de ellas.

También las diversas clases de enfermedades que ocasionan las picaduras de animales ponzoñosos, reclaman de nosotros una historia completa. El escorpion, los alacranes, las tarántulas y muchas serpientes indígenas producen, segun tengo noticia de personas veraces y despreocupadas, alteracion de distinta especie en los distintos lugares que habitan.

¿Cómo sin el estudio de las localidades se podrían saber las virtudes de muchos vegetales, y las de muchas fuentes termales disseminadas en la estension de la república, de las cuales, algunas gozan de grande fama para curar ciertas enfermedades? Nadie duda de la poderosa virtud vermífuga que posee la corteza de la raíz del granado en sus distintas preparaciones; y sin embargo, pocos facultativos dejarán de haber notado la ineficacia de la que se trae de ciertos lugares, y la seguridad con que se obra con la que nos llega de otros puntos: lo mismo acontece con la cicuta y con otras muchas plantas.

Uno de los poderosos recursos que emplea la medicina para restaurar la salud, es el cambio de temperamento, como vulgarmente se llama la traslacion que se hace á un enfermo de un punto á otro; y ¿se podrá con seguridad fijar el lugar que conviene al que padece tal enfermedad, si se ignoran las condiciones higiénicas de aquel, y se desconocen los agentes que

pueden alterar la salud? Muy comun ha sido entre nosotros distinguir los temperamentos en frios y calientes, húmedos y secos; y sin cuidarnos de otra multitud de consideraciones importantes, aconsejamos á los que padecen del pecho, que vayan á Cuernavaca; á los de diarrea, á Tacubaya, etc. etc. ¿Pero al seguir esta conducta, hemos procedido con toda prudencia y razon? No temo el asegurar que no. Muchos lugares, aunque sean provechosos por su temperatura, suelen ser perjudicialísimos por mil circunstancias peculiares á cada uno: un punto que hace un año era sumamente sano, puede hacerse mortífero por la mala policia, por la formacion de pantanos y otros focos de infeccion que insensiblemente se han ido formando, por la destruccion de algunos vegetales y la siembra de otros, y por otros mil motivos que á nadie se ocultan. Aun la accion de causas constantes se hace sentir de diverso modo en los enfermos á quienes se les aconseja tal temperatura; y sobre este punto, puede decirse, que la esperiencia ha dado su fallo: pacientes que se creían en circunstancias análogas han tenido distinta suerte, unos agravándose, y otros sanando en un mismo temperamento.

Consideraciones muy importantes para la medicina nos suministrarían los colegios, si estudiáramos su organizacion; lo mismo que los conventos de ambos sexos, casas de correccion, hospitales, cuarteles, fábricas, etc. etc. ¿Qué prodigiosa reunion de elementos diversos y aun contrarios se manifiesta en todos! Si es cierto que el hábito de estar bajo su influencia, hace á algunos hombres indiferentes á su accion, también lo es que la ciencia necesita averiguar hasta qué punto se contrae este, cuáles son las cosas que se oponen á adquirirlo, qué temperamentos desarrolla, y mil otras nociones de primera importancia. ¿Cuántos medios no se inventarían para reformar los establecimientos públicos, si se estudiaran profundamente las causas de enfermedades que encierran?

Como mi ánimo al formar este artículo ha sido llamar la atencion sobre el estudio de la topografía médica de México, me abstengo de entrar en muchos pormenores, que trae consigo esta materia. Acaso con algunos datos podré volverla á tocar en otra ocasion, hablando sobre las bases en que debe apoyarse.

JOSE MARÍA REYES.

En muchos, conseguir riquezas no es fin de trabajos, sino mundanza de ellos. Contra dos, ni aun Hércules basta.

ESPERANZA.

Á MI AMIGO JOSÉ MARIA RODRIGUEZ,

Ayer en mi niñez pura y tranquila
libre de pena el corazón latía
y siempre entre placeres y alegría
gozaba sin cesar.

Mas hoy mi pecho oprimo con la mano
buscando sus latidos, su ardimiento;
y su frío me hiela, no lo siento
cual antes palpitar.

Busco en vano un consuelo.... y estoy
triste

cuando la luna pálida contemplo,
triste invocando á Dios dentro del templo
y triste en el festín.

No me agitan inútiles deseos
de adquirir el poder ó la riqueza;
¿por qué siento abrumada mi cabeza
de tormentos sin fin.?

¿Qué importa que la rosa perfumada
cuando pasó la fresca primavera
marchita y sin color al cabo muera
cubierta de aridez.?

Mas yo que joven soy.... ¿porqué en
mi frente

se miran de dolor hondas señales?
¿por qué ya mis mejillas sepulcrales
arruga la vejez?....

¿No hierve aun la sangre por mis ve-
nas?....
no hierve, no; que crueles desengaños
ay! en la flor de mis primeros años
borraron mi ilusión.

Cuando pensaba hallar solo placeres
me abandonó el amigo, la querida,
y aborrecí la insoportable vida
y á los hombres odié.

Y vi ponerse el sol de mi esperanza
que consolaba al alma congojosa
y en medio de una noche borrascosa
sepultado quedé.

Pero volví los empañados ojos
y entre la rota nube que bramaba
un lucero magnífico brillaba
con apacible luz.

Y sus inciertos, fugitivos rayos
que en las ramas del sauce se quebra-
ban
con pálido fulgor iluminaban
una rústica cruz.

La vi, y á ella llegué, doblé la frente,
y con el triste llanto que vertía

dulce consuelo el alma recibía
y orando me adormí.

Volvió la aurora; y levanté los ojos
á contemplar del mundo la hermosura,
y el himno que entonaba la natura
postrado repetí.

Torné á seguir la senda trabajosa
que el cielo me tuviera prevenida
y del mar proceloso de la vida
volví á sentir el desigual vaiven.

El puerto allá á lo lejos se ofrecía,
la mar estaba en plácida bonanza,
y en el frágil batel de la esperanza
á merced de los vientos navegué.

Febrero de 1844.

FERNANDO OROZCO Y BERRA.

EL ARTE DE NADAR.

Se ha observado que los hombres se sumergen por levantar los brazos y sacarlos del agua, hundiendo con su peso inflotante la cabeza; mientras todos los demás animales, sin tener conocimiento de sus facultades y disposición para sostenerse, nadan naturalmente y se salvan nadando. Si un hombre, pues, cae en el agua aunque haya mucha profundidad, subirá á la superficie, y podrá continuar en ella, si no levanta los brazos. Con mover las manos debajo del agua del modo que quiera, podrá tener la cabeza elevada, en disposición de respirar con libertad, y si mueve los pies, como para andar, ó subir las escaleras, sus hombros le mantendrán sobre el agua, y no fatigarán tanto sus brazos, que podrá aplicar á otros objetos. Se recomiendan estas advertencias tan claras y sencillas á la atención de aquellos que no habiendo aprendido á nadar en su juventud, hallarán en ellas, si quieren aprovecharse de su utilidad, las ventajas mayores para preservar su existencia.

Si una persona cae en el agua, ó se arroja por su gusto á ella y no puede nadar, ó si quiere ahogarse, que mueva los pies con toda la violencia posible y lo mismo las manos, y se zambullirá al momento. Por el contrario, si poseído de la idea de que es menos pesado que el agua, no hace acción alguna violenta, y con calma, aunque con destreza, se esforzará á contener la respiración, mientras estuviere debajo del agua, manteniendo la cabeza levantada todo lo posible; y si con una dirección propia mueve constantemente sus manos y pies probablemente flotará sobre el agua, y, ó nadará, ó dará tiempo á que llegue algún socorro.

LA HISTORIA DE LOS HOMBRES ILUSTRES.

Las historias de los hombres ilustres engañan á la juventud. Siempre se les presenta en ellas al mérito, como respetable, y se lamentan las desgracias que lo acompañan, se habla en ellas con menosprecio de la injusticia del mundo para con la virtud y los talentos. Así es que, aunque presentan á los hombres de ingenio casi siempre desgraciados, pintan, no obstante, su ingenio y su condición con tan seductores coloridos, que los muestran dignos de envidia aun en sus propias desgracias. Esto procede de que los historiadores confunden sus intereses con los de los hombres ilustres de que hablan. Caminando por los mismos senderos, y aspirando poco mas ó menos á la misma gloria, realzan cuanto les es posible el brillo de sus talentos; y como no percibimos que defienden su propia causa, y no oímos mas que su voz, fácilmente nos dejamos seducir con la justicia de su causa, y nos persuadimos fácilmente de que el mejor partido es también el mas apoyado por los hombres de bien. La experiencia desengaña de lo dicho; bien pronto se descubre la natural injusticia del mundo para con el mérito; la envidia de los hombres mediocres, que persiguen hasta la muerte á los hombres eminentes; y en fin, el orgullo de los hombres elevados por la fortuna, que no ceden nunca en favor de los que no tienen mas que mérito. Si esto se supiera mas temprano, se trabajaría con menos ardor en la virtud, y aunque la presunción de la juventud sobrepuja á todo, dudo que tantos jóvenes entrasen en la carrera."

Así se espresa uno de los escritores mas eminentes que produjo la Francia en el siglo XVIII, el elocuente Vauvenargues, cuyas obras me deleitan, y mas de una vez han aliviado un tanto mis penas, mas en parte de la opinión que emite acerca de la historia de los hombres ilustres, tengo el sentimiento de apartarme de sus ideas: no se me oculta que no soy mas que un pigmeo, y que tengo la audacia de medir mis fuerzas con las de un gigante; pero me anima la consideración de que escritores tan eminentes como Vauvenargues, y á quienes acaso el mismo respetó, vienen en mi apoyo.

TOM. I.

Descorrer tan bruscamente, por decirlo así, el velo mágico de la historia, que hace que no lleguen á nosotros sino únicamente las grandes acciones de los hombres, comprendiendo de un modo tan general á todos los que han escrito las vidas de los hombres ilustres, no diré que es un crimen, pero sí un error de incalculable trascendencia, pues que hasta cierto punto se desconoce el fin moral de la historia; una de las cosas que muestra la gran capacidad del hombre, lo que prueba que este ser pasajero en este mundo ha sido creado para un destino eterno, es el constante esfuerzo del entendimiento humano, para fijar lo pasado, sacar lecciones para lo presente y esperanzas para lo futuro; y así, según la bella expresión de un escritor, la historia no solo es una ocupación grave, sino una religión con sus misterios, sus dogmas, sus deberes y su fin: el santuario de esta religión es la conciencia: la historia debe tener también su fé (sin escluir la crítica) para conservar su tendencia moral.

Fijadas estas consideraciones generales, pueden aplicarse á las biografías ó vidas de los hombres ilustres; estas no son mas que un proceso, cuya sentencia debe pronunciar la posteridad; y si el que toma á su cargo la formación de este proceso, abusa ó se engaña, hasta el punto de creer que él es quien se retrata, entonces la misma posteridad, el día que el escritor aparezca en su terrible tribunal, exclamará: ¡fué un impostor!

Empero si el escritor al pintar las grandes acciones de un hombre, al presentar al mérito siempre como respetable, lamentando las desgracias que lo acompañan, menospreciando la injusticia del mundo para con la virtud y los talentos, ha conseguido dar graves lecciones de moral, aunque no hubiese cumplido con su misión histórica, yo no me atrevería á condenarlo, antes por el contrario, repetiría con el mismo Vauvenargues: „Me complace en creer que quien escribió cosas tan grandes, no habría sido incapaz de practicarlas, y me parece injusta la fortuna que lo limitó á solo escribirlas."

Por otra parte: ¿con qué espíritu, ó mas bien, con qué conciencia se le dice á la juventud, no esperéis el desengaño que viene con la experiencia, desconfiad de todo desde un principio y así tal vez no abrazareis con ardor el camino de la virtud? No concibo cuál haya sido la intencion de Vauvenargues, acaso no fué siniestra; pero la máxima en esta parte me parece contraria á los principios de sana moral, altamente anárquica y capaz de conmover el gran edificio social. No fué sin duda la misma la intencion de Montaigne, cuando dijo: „Los que escriben las vidas de otros, son para mí mas dignos de aprecio, si se detienen mas en los consejos que en los sucesos....” En fin, para concluir, no puedo dejar de copiar un trozo del

elocuyente filósofo Ginebrino, „nosotros no sabemos sacar ningun verdadero partido de la historia; la critica de la erudicion lo absorve todo; como si importara mucho que un hecho fuese verdadero para poder sacar de él una instruccion útil. Los hombres sensatos han de mirar la historia como un tegido de fábulas cuya moral es muy propia para el corazon humano.”

Entre ambos extremos me decidiria yo mas bien por la opinion de Juan Jacobo, pues al fin salva el gran principio que mantiene á los hombres en el círculo de sus deberes y el único que conserva á las sociedades: la moral.

P. M. DE T.



GALERIA ZOOLOGICA.

EL TORO POLÍTICO.

Quien fuere el que debe, que muera por ello:
Quien no me creyere, que tal sea del:
Al ménos me deben la tinta y papel.

BARTOLOME TORRES NAHARRO.

Asombrosos son los adelantamientos que las ciencias, y sobre todo, las ciencias naturales, están experimentando en estos tiempos de progreso; y no *cangregil*, (dispéñeseme la palabra, pues me acude el mismo derecho que á Cervantes,) que andamos para adelante, por mas que se empeñen en probarnos lo contrario ciertos energúmenos que andan por esos mundos vociferando que el género humano camina para atrás. Los asnos, se me dirá, andan tambien para adelante: tanto mas en mi abono, pues estoy para mí, que esos mansísimos animales, que agachando la cabeza y tendiendo

las orejas, caminan para adelante, son el mejor emblema de los pueblos pacíficos, á los que las mas veces tocan en suerte algunos dueños blandos que á latigazos saben entenderse con ellos: ¡Oh! y cómo que algunas naciones deberian poner en sus enseñas un asno para que hubiese verdad en ellas; pero olvidábaseme que la verdad amarga, por eso ponen en cambio leones, águilas.... ja, ja, ja, ja, sin saberlo se hacen ellas mismas agudos epigramas que arrancan la risa.

Decia, pues, que asombran hoy los adelantamientos de las ciencias naturales: en efecto, es-

tu pafacto se quedaria el *mesmo Aristóteles* si viera á la altura en que se halla hoy la ciencia, cuyos fundamentos, podemos decir, que él puso. ¿Cuándo el Estagirita se imaginó, en medio de tanto como él se imaginaba, un mono diplomático? ¿Un toro político? ¿Cuándo en esos géneros han llegado á sospechar tales especies, no digo ya los vetustísimos Aristóteles y Plinio, sino los mas encumbrados naturalistas modernos? Quese levante de la huesa Cuvier, y que declare á la faz del mundo, si entre las descripciones de animales que se le perdieron, porque es preciso que se le hayan perdido algunas, se encontraba la de un *toro político* por ejemplo. Mentira! le diria yo, si él asegurara que sí; y ¡juicio! que para habérselas con Cuvier se necesitaria tener todo el cacumen de ciertos individuos que yo conozco, que lamentan la poca capacidad de Newton, y el gran descaro para mentir de Galileo. Indudable, es pues, que á nosotros debe la zoología un adelantamiento, un descubrimiento mas; y para descargo de mi conciencia declaro aquí que yo lo debo á un amigo mio, zoólogo consumado, que aunque por modestia no da sus orejas al público, entiende él mas de achaques de animales, que los mas huecos catedráticos á quienes me temo encontrar un dia, ocupando un honroso lugar en sus grandes clasificaciones zoológicas.

Es este un buen amigo que la suerte me ha deparado, amante de comunicar sus conocimientos á los demas, porque dice él que tan perjudicial es el egoismo en ciencias, como en politica, como en moral, muy al reves de multitud de bipedos parlantes, que con saber ellos, con guarecerse de una tormenta revolucionaria, con libertarse de un contagio, poco ó nada les importa que se arda el mundo. A este amigo que amo con todo mi corazon, debo el saber la existencia de un *toro político*. Sorprenderáte, lector amabilísimo lo que digo; y no vayas á creer que político aplicado á toro, es aqui sinónimo de cortés; ¡nada de eso! que animales como estos, lo que ménos conocen es la buena crianza, que no ven estados, ni condiciones, y cargan sobre el mas pintado, y darian en tierra con el lucero del alba, si el lucero del alba se les pusiese delante. Es el *toro político* el mas terrible de los animales de su género.... Mas para no tener por mas tiempo tu curiosidad suspensa, esa curiosidad, que si eres lectora, la tendrás en quintales, voy á referirte punto por punto, como vino á mi conocimiento la existencia de ese animal, y á darte de él una descripcion exacta, que aunque no tiene el mérito de ser mia, porque en eso de

ciencias soy tan nulo, como el mismo toro, si tiene el de ser de mi buen amigo el zoólogo, cuyo nombre no pongo en tu conocimiento, por ignorarlo yo mismo.

Cierto dia, mohino, y mas que todo, inconsolable, por tener precision de escribir algo, y no encontrar asunto para hacerlo, y porque soy enemigo de escribir apóstrofes que nada dicen, y de extasiarme pseudo poéticamente á la vista de cuanto se me presenta para regalar luego á mis lectores con el producto descabellado de mi éxtasis, me salí de mi cuarto de escritor, que por ser de lo que es, ya te puedes figurar cuán mezquino será. Estaba ya en la calle, cuando vi de léjos á mi amigo el zoólogo; iba cabizbajo y pensativo, lo que me reveló que algun nuevo descubrimiento habria hecho. Corrí luego hácia él con la intencion de obligarlo á que me lo comunicara, para pasarlo yo al papel, y darlo al público, cosa que siempre hago, porque aunque es él el descubridor, tiene la desgracia de no saber completar ni una cláusula, por lo que nadie le conoce en el mundo literario. Despues de haberle saludado, preguntéle por qué iba tan pensativo, y sin hacer caso de cuanto le rodeaba,

—¡Oh! amigo, me contestó, una idea, una idea que viene bullendo aqui en mi cerebro, es la que me distrae hasta el punto de hacerme andar, como loco por las calles.

—¿Pero que idea puede ser esa, amigo mio? repuse yo.

—¡Oh! es una idea nueva: muy nueva, que no hace mucho tiempo concebí.

—Precisamente á caza de ideas nuevas ando: las novedades me agujonean, ó por mejor decir, el público amante de novedades, me endiaba ya porque quiere algo nuevo. Tenga compasion de mí, comuniquéme la á mí, pobre tinterillo, que ando loco, no por sobra de ideas como V. sino precisamente por falta de ellas.

—Pues, señor, esta es una idea que va á hacer dar un gran paso á la Zoología, mi ciencia predilecta; es el descubrimiento de una nueva especie en el género *bos* (1) ¡Ay! amigo mio, y cómo que sí me trae loco el tal descubrimiento; será la novena especie en las ocho que los zoólogos han descubierto, y despues del *bos taurus* de Lineo, muy bien vendrá mi *bos taurus politicus*, por que ha de saberse V., que lo que he descubierto ha sido un *toro político*, el

(1) *Bos*, en latin buey: así llamó Lineo el género á que pertenecen estos animales, y en el que los zoólogos cuentan ocho especies. Nuestro amigo el zoólogo ha descubierto una nueva, es decir, la novena.

toro mas curioso de cuantos se conocen hasta aqui.

Asombrado me quedé de oír á mi amigo, por que en mi entendimiento no cabia la existencia de semejante animal.

—Esos son delirios de vuestra imaginacion que se ha acostumbrado ya á animalizarlo todo, le contesté algo enfadado, porque vi que nada podia sacar para escribir ese dia que era lo que me importaba; mas el repuso entónces.

—¡Delirios! escuche V. y no me interrumpa. Hay en efecto *toros políticos*, como hay zorras y cangrejos igualmente políticos de los que me reservo para otra vez hablarle á V. Si, señor: hay toros políticos, cuya existencia yo no habia sospechado; pero de la cual no me cabe ya la menor duda, porque he visto uno: y para convencer á V. voy á hacerle su descripcion exacta. Como V. sabe, hay muchas diferencias entre las diversas especies de ese género, de suerte que el bisonte de América, por ejemplo, tiene cosas que le faltan al toro. Exactamente sucede lo mismo entre el *toro político* y el *simple toro*, en este por lo regular domina un color, ó si hay varios, nunca pasan de tres; en aquel la multitud de colores es lo que mas lo hace notable; el negro, el rojo, el verde, el azul y sobre todo el color de oro se ven en él; y el último especialmente en abundancia. El *toro simple* anda en cuatro pies: este, no sé porque rara casualidad, se sostiene en dos; aquel tiene cuernos, y este á la vista carece de ellos. V. dirá que segun mi descripcion comparativa, nada hay de comun entre los dos; y tendria V. mucha razon, si á ella me limitara yo; mas no señor, que en las propiedades está precisamente el punto de contacto y por ellas solamente pude clasificar ese animal semi-hombre y semi-bruto. Brama por supuesto cuando está irritado; y lo que mas lo caracteriza es la actitud de embestir que toma entónces, y no queda en esto, sino que embiste realmente. Con que ya V. ve que mi clasificacion no puede estar mejor hecha: hay *toros políticos*, cuyo descubrimiento, que se me debe á mi, hará indudablemente progresar la ciencia.

—Me va V. convenciendo de la existencia de semejantes animales, solo por que no creo á V. capaz de mentir con tal descaro; pero le confieso á V. que no comprendo, cómo sean, y que creo que no he de pasar á darle entero crédito á la relacion, hasta que no los vea por mis propios ojos.

—Pues si solo eso aguarda V. nada hay mas fácil.

Y tomándome de la mano me condujo á donde diré luego.

Casi por encantamento me vi llevado á un lugar estensísimo dispuesto en forma de una ciudad, con sus edificios, sus calles, y sus plazas, con multitud de gente transitando por estas y coronando las azoteas de aquellos, gente que al parecer estaba alegre, pues reia, como si fuera feliz. Al verme en semejante sitio no pude menos de preguntarle á mi amigo, qué significaba aquello.

—Que ha de significar? me contestó; la cosa es clara, está es una ciudad, y la gente que transita por ella, un pueblo entero.

—Y ¿qué tienen que ver una ciudad y un pueblo entero con el espectáculo de que venimos á ser testigos?

—Curiosa, pregunta! la ciudad es la liza, el lugar en que el susodicho toro maniobra y el pueblo entero es el espectador.

Cada vez me confundia mas, porque todo aquello me parecia sobre natural, obra de magos y encantadores: una ciudad en la que jamas habia estado yo, y á la que habia sido trasportado en momentos: un pueblo cuyos rasgos característicos en nada se asemejaban á los del libre y esforzado pueblo mexicano, y si en mucho á los de alguna raza bárbara; la ciudad segun mi amigo destinada para plaza de toros, y el pueblo entero *destinado* para espectador de las corridas, todo, todo aumentaba mi confusion; y yo estaba allí y me estregaba los ojos, y me daba á veces cabezadas contra las paredes, pues me creia el juguete de alguna pesadilla. Mi amigo se reia de mi sandez y sin decirme nada, aguardaba que mi asombro fuera á mas. De repente me cogió del brazo, é indicándome un edificio que teniamos á la vista, edificio de mal gusto, pero que era el que ocupaba mayor espacio en la ciudad,

—Mire V. me dijo, al través de esos cristales; ¿ve V. esa multitud que hierve dentro?

—Si veo una multitud; pero no alcanzo á distinguir, si hombres ó brutos son los que la forman.

—Limpiese bien los ojos, y verá que cuantos allí se encuentran son animales: por una parte, en un aposento retirado verá V. un individuo de la especie de animales de que le he hablado, un *toro político*, quizá el mas ilustre de todos, el jefe de ellos, rodeado de zorras y cangrejos políticos, nuevas especies descubiertas tambien por mí, en sus géneros; y de dos ó tres elefantes políticos, animales muy raros en esta tierra, que viendo que no se les hace caso se separan, no molinos, sino desconsola-

dos. Por otra parte, y llenando el resto del edificio, verá V. multitud de toros de zorras y de cangrejos, todos animales políticos, de menos categoria que los primeros, que impacientes braman y gritan y que aguardan sin duda alguna determinacion del primer grupo que le mostré. Oh! este es un espectáculo curiosísimo, al menos para un zoólogo.

Movida mi curiosidad por la relacion de mi amigo, me limpié bien los ojos, fijé mi vista en el edificio, y ¡cuál fué mi asombro al ver que los animales de que me habia estado hablando, no eran sino hombres como nosotros de carne y de hueso, de bigote y patillas, ó de patillas y melena, y vestidos de paños y de sedas, como lo estan los que se llaman hombres en el siglo diez y nueve! De una sola mirada abracé cuanto en su recinto encerraba el edificio, y vi que los que él me habia designado como toros andaban vestidos, como lo andan nuestros militares; que los que él llamaba zorras, cangrejos y elefantes, lo andaban como en nuestra república, la clase que denominan paisanos; que los que él habia llamado bramidos y bufidos, no eran sino voces claras y distintas; y en fin, que cuanto me habia dicho no era sino una solemne mentira. Volvíme á él furioso, para declararle que yo no era el juguete de nadie, cuando él riendo me dijo.

—No dude V., creame V. bajo mi palabra, atienda, y verá luego que los que ahora le parecen hombres, no son sino animales.

Por no decir mas, y porque entónces me pareció que lo que decia mi amigo tal vez seria cierto, porque yo de zoología, como ya he dicho, entiendo tanto, como de chino, volví á fijar mi vista en el edificio. La escena habia cambiado un poco, pues de la inaccion en que al principio habia visto el primer grupo, lo veia ahora agitado: los elefantes salian desconsolados de la pieza; el toro escarvaba el suelo con sus piés, y echaba fuego por los ojos, casi bramaba ya; las zorras trataban de llevarlo para atrás, y los cangrejos, contra toda la propiedad de estos animales, lo impelian para adelante. En el segundo grupo reinaba ya un verdadero tumulto; los toros embestian á las zorras y á los cangrejos, estos trataban de acosarlos á su vez, pero siempre eran rechazados por aquellos; y entretanto *el pueblo espectador* por fuera, aguardaba impasible la corrida. Me distraje entónces un poco; mas á la voz de mi amigo volví á atender, y vi que el *toro jefe*, derribando de una patada furibunda á las zorras, se habia dejado llevar, ó mas bien se habia llevado consigo á los cangrejos. Un grito estalló

entónces en el segundo grupo: los toros se reunieron luego con los cangrejos, y fueron á incorporarse con los vencedores del primer grupo, á prestar obediencia al *toro jefe*; las zorras vencidas corrian despavoridas sin saber donde esconderse, pues eran embestidas ya por los toros vencedores; y entónces me convencí hasta la evidencia de lo que me habia dicho mi amigo, y era que en las propiedades de estos, estaba el punto de contacto con el género *bos*.

El pueblo espectador clamaba ya por fin „el toro” el toro;” y al aspecto de éste corria y gritaba y no hallaba donde esconderse para evitar su furor. Yo veia aquella multitud revuelta, acosada por los animales mas feroces que habia visto hasta allí; á las zorras por el suelo casi moribundas; y al cabo de un combate largo y sangriento á los *toros políticos*, paseando sus miradas ufanas por el campo de batalla, y *al pueblo espectador* contemplándolos risueño. El espectáculo se habia terminado; y lleno yo entónces de júbilo, abracé á mi amigo, y admiré como era debido su ingenio que tambien habia sabido clasificar aquellos animales. Mas como aun no acababa de comprender lo que habia visto, no pude dejar de preguntarle que por qué era tan manso y tan complaciente aquel *pueblo espectador*, que venia á admirar y á regocijarse con el triunfo de los que le habian hecho estremecerse de temor?

—Porque esta es su costumbre, me contestó, ó mas bien porque lo han acostumbrado á estas corridas anuales. Que haya una de estas cada año, es costumbre muy vieja.

—Y son de su gusto?

—Tanto, que espero que en lo de adelante tengamos una cada mes.

—Y toros embolados?....

—No se acostumbran en estas fiestas.

—Segun eso el *pueblo espectador*....

—Jamás lidia, porque está *destinado para espectador*, y nada mas.

Dimos la vuelta, y en momentos volví á encontrarme en las calles de México. Dí las gracias á mi amigo por haberme comunicado descubrimiento tan importante, por haberme hecho saber la existencia de un *toro político*, y volvíme á mi cuarto de escritor por tener asunto ya para escribir un articulo. Tomé papel maquinalmente, puse en él: *Galeria Zoológica*: con el consentimiento de Juan Soplillo mi carísimo hermano, le puse por titulo *El Toro político*, y escribí cuanto has leído, pacientísimo lector. Mucho me temo que allá en tus adentros me estés maldiciendo con el denuedo que tú acostumbrabas hacerlo cuando no estás en

presencia de aquel á quien muerdes, y que no me bajes un punto de impostor y mentiroso; pero pues yo mismo no acabo de saber si es cierto cuanto te he contado, repítote con Torres Naharro que

Al ménos me debes la tinta y papel.

He concluido, y, como no juraria ser cierto en todos sus puntos, cuanto he dicho, no quiero poner mi nombre al pié, bien que para que al articulejo no le falte ninguno de los requisitos de estilo, he dado poder para que ponga el suyo, á—MI SOBRINO.

~~~~~  
**APOLOGO.**

UNA mañana de estío, en que Jesus recorria las calles de Samaria con su discipulo Simon Pedro, la gente se agolpaba á las puertas y ventanas de las casas por verlo, y los niños se acercaban á él para recibir sus bendiciones: cuando acertaron á pasar por un lugar en donde estaba tirado un pedazo de herradura que por acaso alguna caballería habia largado, Jesus, volviéndose á Pedro, le dijo: levanta ese pedazo de herradura porque puede sernos útil; pero Pedro, que seguramente se creyó degradar con recoger un objeto tan despreciable, hizo que no le habia oido; entónces Jesus, con aquella mansedumbre que era uno de los rasgos característicos del Redentor del género humano, se inclinó, y levantándola, prosiguió su camino hasta una de las puertas de la ciudad, en donde habia un puesto de fruta: al cual, acercándose Jesus, cambió su pedazo de herradura por un racimo de uvas. En seguida salió con su discipulo fuera de la ciudad, y se encaminó para el desierto.

Era la hora de sesta, los rayos del sol caian á plomo sobre las cabezas de los dos viageros, el calor se hacia ya insoportable, y parecia que la atmósfera estaba inflamada: Simon Pedro, devorado por una sed ardiente, apenas podia andar. Jesus, viendo á su discipulo fatigado, sacó su racimo de uvas y empezó á comerlas, dejando caer de vez en cuando algunas al suelo: Simon Pedro, cada vez que caian las uvas, se apresuraba á levantarlas para templar con ellas la sed que le atormentaba. Despues de haberse inclinado repetidas veces, Jesus se volvió á su discipulo, y le dijo: Pedro, el orgullo ha henchido tu corazon, y tus ojos se han mostrado altivos á la vista de la herradura: sábete, que es mejor inclinarse una vez para segar la mies que nos sustenté, que arras-

trarse veinte á los piés de las mesas de los poderosos para recoger sus migajas.

A. RODRIGUEZ.

—  
**LA ALDEANA A SU HIJO.**

Los dias son frios, las noches son largas; el viento del norte sopla en un tono quejoso. Estate quieto sobre mi seno. Todas las criaturas alegres descansan á esta hora, menos tú, lindo amor mio.

El gato duerme en su hogar, los grillos han dejado ya de hacernos oír su canto; nadie se mueve en la casa mas que un pobre murciélago: ¿por qué no descansas?

Vamos, no mires esa luz que brilla; es la de la luna que se refleja sobre los cristales rutilantes de la lluvia. Duerme, querido amor mio, duerme y que nada te despierte hasta mañana.

WORDSWORTH.

—  
**REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS**

Cuanto mayores sean los obstáculos que las nuevas repúblicas españolas encuentren en la carrera que han emprendido, tanto mas mérito tendrán en superarlos. Ellas encierran en sus vastos límites todos los elementos de la mas brillante prosperidad: variedad de clima y de suelo, bosques para la marina, puertos para los buques; un doble Oceano que les abre el comercio del mundo. Todo lo ha prodigado la naturaleza á estas repúblicas: allí todo es rico dentro y fuera de la tierra; los rios fecundan la superficie de esta tierra, y el oro fertiliza su seno. La américa española tiene ante sí el mas placentero porvenir; pero decirla que lo puede alcanzar sin esfuerzo, seria engañarla, adormecerla en una falsa seguridad; los adulaadores de los pueblos son tan peligrosos como los de los reyes. Cuando se forma una utopia no se atiende á lo pasado, á la historia, á los hechos, á las costumbres, al carácter, ni á las pasiones: alucinándose con desvarios, no se preveen los acontecimientos, y se pronostica el mas bello destino.—CHATEAUBRIAND.

—  
**MATRIMONIO FELIZ.**

Un viagero refiere haber visto en una ciudad un magnifico sepulcro que tenia el epitafio siguiente: *Pasajero, admira el portento que aqui se encierra: un marido y una muger en una paz inalterable.*